



From the SelectedWorks of Flavia Freidenberg

November 2012

¿Qué es el populismo? Enfoques de estudio y una nueva propuesta de definición como un estilo de liderazgo

Contact
Author

Start Your Own
SelectedWorks

Notify Me
of New Work

Available at: http://works.bepress.com/flavia_freidenberg/74

¿Qué es el populismo? Enfoques de estudio y una nueva propuesta de definición como un estilo de liderazgo

Dra. Flavia Freidenberg
Instituto de Iberoamérica
Universidad de Salamanca
✉ flavia@usal.es

Resumen: Uno de los conceptos más empleados para definir la política latinoamericana es el del populismo. A pesar de ello, no hay consenso aún sobre su definición, sobre lo que significa el concepto, ya que existen diferentes aproximaciones con diversos niveles de abstracción, que limitan el proceso de conocimiento. El objetivo de este trabajo es doble. En primer lugar, se sistematizan diferentes enfoques de la literatura en torno a la definición del populismo, con la intención de discutir sus aportes y limitaciones. En segundo lugar, se propone una nueva definición de populismo como un “estilo de liderazgo”, entendido este como la relación directa, personalista y paternalista entre líder-seguidor, en la que el líder no reconoce mediaciones organizativas o institucionales, habla en nombre del pueblo y potencia discursivamente la oposición de éste con “los otros”, busca cambiar y refundar el *statu quo* dominante; donde los seguidores están convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y creen que gracias a ellas y/o al intercambio clientelar que tienen con él (tanto material como simbólico) conseguirán mejorar su situación personal o la de su grupo.

Palabras clave: populismo, estilo de liderazgo, democracia, representación.

Abstract: Populism is one of the most commonly used concepts when dealing with Latin American politics. However, there is no agreement about its definition and its significance, because there are various approaches with diverse levels of abstraction that complicate its understanding. This study has a dual objective. Firstly, a systematization of various perspectives of the scholarly literature concerning the definition of the concept is presented with the intention to discuss its merits and its limitations. Secondly, a new definition of populism, defined as a “leadership style”, is introduced. This leadership is understood as a direct, individualized and paternalist one between the leader and the follower. In this sense, the leader does not recognize organized or institutionalized mediation, speaks on behalf of the people and discursively encourages the opposition with “the others” and pursues the refoundation of the ruling status quo. For its part, the followers are convinced about the extraordinary qualities of the leader and they believe that, thanks to them and/or the clientilistic exchange they are part of (both material and symbolic), they can benefit themselves or their social group/community.

Key Words: populism, leadership style, democracy, representation.

Introducción¹

El populismo es uno de los conceptos más empleados para definir la política latinoamericana. A pesar de ello, al intentar observar empíricamente fenómenos populistas y de buscar los límites y fronteras de ese concepto, una se encuentra con definiciones con diversos niveles de abstracción, que limitan el proceso de conocimiento y dificultan su observación y comprensión. El objetivo de este trabajo es presentar una revisión de los diferentes aportes realizados para explicar las condiciones en las que emerge el populismo y para describir las características del mismo, discutir sus limitaciones y poner a consideración una nueva definición de populismo, que permita superar los vacíos que se enfrentan al observarlo empíricamente.

La propuesta de definición, ya discutida en otros trabajos (Freidenberg, 2007; 2008), sostiene que el populismo puede ser entendido como un estilo de liderazgo caracterizado por la relación directa, carismática, personalista y paternalista entre líder-seguidor, que no reconoce mediaciones organizativas o institucionales, que habla en nombre del pueblo, potencia la oposición de éste a “los otros”, busca cambiar y refundar el *statu quo* dominante; donde los seguidores están convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y creen que gracias a ellas, a los métodos redistributivos y/o al intercambio clientelar que tienen con el líder (tanto material como simbólico), conseguirán mejorar su situación personal o la de su entorno.

El texto se divide en tres partes. Primero, se revisan diversas propuestas teóricas que estudian al populismo y se las divide en dos grupos, en torno a preguntas claves, aún cuando algunos de los enfoques intentan responder a ambas preguntas. Por una parte, los que tratan sobre los orígenes del populismo y las razones que explican su surgimiento y, por otra, los que definen qué es el populismo. Segundo, se presenta la propuesta de definición como un estilo de liderazgo. Finalmente, se analizan las consecuencias teórico-metodológicas sobre lo que supone entender al populismo como un estilo de liderazgo y se discute la relación entre populismo y democracia.

¹ Trabajo preparado para la Segunda Conferencia Internacional sobre “Populismo en América Latina” del Centro Iberoamericano (IAC) de la Universidad Metropolitana Praga, en República Checa, el 29 de abril de 2011.

Enfoques en el estudio del populismo: un esfuerzo de sistematización

La revisión de la literatura da cuenta de la riqueza teórica existente en torno a la discusión sobre el populismo. Así, aún cuando el populismo es uno de los fenómenos sobre los que más se ha teorizado en América Latina, es común encontrar problemas teóricos y metodológicos al emplearlo y al intentar encontrar el dominio principal de esa definición. A continuación, se propone una sistematización no exhaustiva de esa literatura por lo que la misma puede resultar incompleta, ya que se revisan aquellas de mayor impacto en la descripción, comprensión y explicación del fenómeno en el medio académico (Ver Tabla1).

Tabla 1.
Enfoques en el estudio del populismo

Sobre las razones del surgimiento del populismo ¿Por qué surge el populismo?	Sobre la naturaleza del populismo ¿Qué es el populismo?
populismo y modernización	populismo como un movimiento social
populismo y desarrollo: la teoría de la dependencia	populismo como un discurso ideológico
populismo y crisis de representación	populismo como una forma de intervención social del Estado (como política pública)
	populismo como políticas monetarias y de gasto público
	populismo como una estrategia política
	populismo como una manifestación de cultura política

Fuente: Elaboración propia.

II.1. ¿Por qué surge el populismo? Explicaciones sobre su emergencia

Populismo y modernización

Esta perspectiva histórico-sociológica ha sido el enfoque dominante en las Ciencias Sociales desde mediados del siglo XX. La misma vincula al populismo con el grado de

modernización de una sociedad (Germani 1968, 1971; Di Tella, 1965). El populismo surge como respuesta a los problemas que ocasiona la modernización. *La emergencia del populismo se explica como el producto pasajero del paso de una sociedad tradicional a otra moderna en los países subdesarrollados*. Es un momento de transición de una sociedad en cambio, desde lo tradicional a lo moderno, o de una sociedad precapitalista a otra capitalista, y se presenta como una forma anómala de comportamiento político que al evolucionar debería pasar rápidamente a otras más ideológicas y modernas.

El trabajo clásico en este sentido ha sido el de Gino Germani (1968) que, al estudiar al peronismo en Argentina, sostuvo que el populismo era un movimiento social y político (calificado por él como de “aberrante”), resultado de una realidad asincrónica, asumida por los procesos de transición en toda sociedad. El populismo sería entonces una “anomalía”, producto de una sociedad tradicional, y una vez alcanzada la modernización, generada por la industrialización y la urbanización, desaparecería. Germani intentó explicar la emergencia de movimientos “nacional populares” a través de una comparación entre los procesos de transición de Europa y América Latina.

En Europa, el proceso se caracterizó por la movilización e incorporación de los individuos a la política a partir de un tipo particular de movilización que respeta las reglas del régimen político y se canaliza a través de los marcos institucionales, lo que Germani denomina como “modelo de integración”. Las masas se fueron incorporando lentamente a la política, a través de partidos políticos liberales u obreros, mientras se fue consolidando la democracia representativa. En América Latina fue diferente, dando lugar a formas “degradadas” de actividad política como el populismo. El proceso de movilización e intervención de las masas en la vida pública se dio mediante formas no institucionales², ya que no existían instrumentos políticos adecuados para incorporarlas, lo que hacía que fueran reclutadas (y manipuladas) por diversas élites y por un líder que se apoyaba en ellas (“masas disponibles”) para alcanzar sus objetivos³.

² Se trataba de masas que al desplazarse del campo a la ciudad habían quedado en estado de anomia, para lo cual Germani (1968) emplea la “Teoría de la Anomia” de Durkheim, entendida como la ausencia de orientaciones normativas claras cuando se dan procesos abruptos de cambio social.

³ Entiende como “asincronía” a la coexistencia en un mismo momento de elementos pertenecientes a la sociedad tradicional y a la moderna. En el transcurso del proceso de cambio se genera un espacio

La movilización de las masas es entendida como el proceso psicosociológico, a través del cual grupos pasivos adquieren cierta capacidad de comportamiento deliberativo, de participación, produciéndose el paso de la acción prescriptiva a la deliberativa. En tanto, la “integración” designa una forma particular de participación de los grupos movilizados. Los individuos que no estaban integrados eran considerados marginales, existen al margen de la sociedad, por lo que es importante encontrar fórmulas de integración que permitan su participación, a través de los canales institucionales existentes dentro del régimen político. Además esta integración debe ser entendida como legítima por los grupos movilizados, lo que significa que debe haber consenso en relación al sistema de reglas y a la necesidad de obedecer a la autoridad sin tener que emplear la fuerza.

En una línea analítica similar, Torcuato Di Tella (1965) estudió al populismo desde la perspectiva de la modernización pero a través del análisis de la transmisión de ideas y valores y como un modo de cambio político que se da en las zonas subdesarrolladas. El populismo surge como consecuencia de la rápida movilización, en condiciones de privación relativa y de una revolución de aspiraciones, provocada por el efecto demostración de los países desarrollados. Es una categoría de segundo orden⁴. Con el desarrollo de los medios de comunicación, crecen las expectativas de las masas que buscan aprovechar los beneficios del progreso y tener un acceso amplio a los bienes de consumo. Por una parte, surgen masas disponibles, movilizadas tempranamente y sin experiencia de organización autónoma y, por otra, sectores medios o altos desplazados, con una ideología anti-statu quo muy importante, dispuestos a liderar a las masas en una coalición policlasista.

Entre los *críticos* de esta visión se encuentran autores como Laclau (1986, 2005), De la Torre (2004) y Aboy Carlés (2005). Tras sostener que la visión estructuralista es de lejos una de las más elaboradas, consideran que esta posición es cuestionable por razones históricas, teóricas y teleológicas. Desde el punto de vista teórico, los autores que

en el que se marcan los contrastes entre grupos, regiones y clases pertenecientes a un mismo país (o entre países).

⁴ Es algo “bastante desdeñoso, en tanto implica la connotación de algo desagradable, algo desordenado y brutal, algo de una índole que no es dable hallar en el socialismo o en el comunismo, por mucho que puedan desagradar estas ideologías” (Di Tella 1965:2).

defienden la posición reseñada conciben a los movimientos populistas como directamente ligados a una fase transicional del desarrollo (la que tiene paso de la sociedad tradicional a la industrial). Laclau objeta esta interpretación dando como argumento la existencia del populismo en países desarrollados, como el fascismo y el *qualanquismo* en Italia o el nazismo en Alemania. Además, critica los conceptos de sociedad tradicional, sociedad moderna y sus derivados hasta la concepción determinista del cambio social que de manera implícita o explícita asume todo enfoque funcionalista.

Al asociar al populismo con una fase determinada del desarrollo socioeconómico y desde una perspectiva economicista no tienen en cuenta aquellos populismos que se han desarrollado en sociedades donde no ha habido procesos de sustitución de importaciones (como José María Velasco Ibarra en Ecuador) ni tampoco pueden explicar cómo es que surgen los nuevos populismos tras los procesos de democratización (los neopopulismos neoliberales o los más contemporáneos de fines de la década de 1990). El carácter sociologizante de estas teorías deja poco margen para analizar el contexto político-económico en el que se inscribe la movilización y los factores que inciden sobre su emergencia.

Finalmente, la visión conservadora y elitista surge al estudiar a los sectores populares como masas irracionales, también presenta problemas, toda vez que consideran al comportamiento social de la multitud como anómico y peligroso. Esta manera de entender el comportamiento de los sectores populares como un todo, homogéneo y amorfo, sin reconocer la existencia de diferentes individuos con sus evaluaciones y preferencias, difiere bastante de cualquier análisis empírico del populismo y de estrategias de tipo del individualismo metodológico que puedan utilizarse.

Populismo y desarrollo: la teoría de la dependencia

Esta perspectiva agrupa los trabajos que tienen en común ver al populismo desde el tipo de políticas sociales y económicas que aplicaron desde sus gobiernos en América Latina. Esta visión se nutre de diferentes estudios provenientes del marxismo y de la “teoría de la dependencia”, entre los que se encuentran los de Octavio Ianni (1975), Fernando Henrique

Cardoso y Enzo Faletto (1976) y Guillermo O'Donnell (1972). Comparte con los teóricos de la modernización la idea de que el populismo fue una fase de la historia de América Latina pero no la identifican en sentido teleológico sino como un producto estructural de la negociación en términos de la dependencia.

El argumento que sostiene esta línea de pensamiento es claro. Tras los cambios que se dieron en el comercio internacional en relación a los países latinoamericanos, ocasionados por la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial, se crearon condiciones favorables para una “virtual” autarquía económica que permitió la consolidación de los mercados internos, a través de la política de sustitución de importaciones. La eclosión del sistema capitalista mundial y las crisis de los sistemas oligárquicos nacionales llevaron a la conformación de la “sociedad de clases” (Ianni, 1975), lo que posibilitó que se creara una brecha por la que se colaron las masas como un nuevo elemento constitutivo del Estado. El populismo promovió un determinado proyecto de crecimiento económico, basado en la industrialización del mercado interno (ISI), la nacionalización y la creciente intervención del Estado en la economía.

Se caracterizó por políticas redistributivas orientadas a los sectores populares, en tanto consumidores del mercado interno, con lo cual procuró ser un mecanismo de incorporación política y social de los mismos. Era visto como una alianza interclasista entre sectores populares proletarios, clases medias y burguesías industriales en contra de los regímenes oligárquicos bien asentados, lo que suponía la expresión de los intereses de la “burguesía industrial nacional” y de las clases obreras urbanas emergentes. Esa alianza de clases resultaba conflictiva, ya que era la burguesía la que controlaba y conservaba la hegemonía y los sectores populares subordinaban sus intereses a esa burguesía.

Suponía entonces la movilización de la clase obrera como apoyo del modelo de desarrollo y, a la vez, el control de esa movilización con la intención de mantenerlo dentro de los límites compatibles al funcionamiento del sistema capitalista. Se desprendía de esta visión la idea de “Estado populista”, como impulsor de un modelo de acumulación y como garante de su viabilidad social y política a través de los sectores populares que le legitiman.

Ese Estado populista era fundamentalmente corporativo por la cooptación y estrecho control que tenía el gobierno y el partido sobre los sindicatos.

Las *críticas* a esta visión estuvieron dadas en el hecho de que no puede asociarse al populismo con un único modelo de desarrollo como el de las políticas de sustitución de importaciones (ISI) (Viguera, 1993, p. 61), crítica que también está presente en la teoría de la modernización. Es más, el ISI no se presentó siempre unido a un régimen populista, en algunos fue anterior, como en Argentina donde fue impulsado por gobiernos conservadores y, en otros casos fue posterior, como en Brasil, donde Vargas llegó al gobierno bastante antes de que se conformara un proyecto hegemónico industrializador. Tampoco se puede asociar populismo con sindicalismo o con la creciente intervención del Estado en la economía, ya que en algunos casos esas relaciones entre sindicalismo y Estado estaban dadas desde antes de 1930 y aparecieron de la mano de diversos tipos de gobiernos, no necesariamente populistas⁵.

Populismo y crisis de representación

Una explicación más reciente respecto a la emergencia de los populismos sostiene que estos surgen a raíz de las fallas o incapacidad de los partidos tradicionales para representar a los ciudadanos, por la crisis del sistema de partidos, los efectos del sistema electoral pero también por una inadecuación funcional de los partidos respecto a lo que los ciudadanos esperan y demandan para mejorar sus condiciones de vida (Weyland, 2004, p. 33-34; Weyland, Madrid y Hunter, 2010). La crisis de representación es entendida bajo estos términos como una crisis de adaptación del sistema de partidos a una nueva realidad económica y social, en la que los políticos no consiguen responder a las demandas sociales bajo estas reglas de juego (Paramio, 2006). La pérdida de electores de los partidos tradicionales y el desplazamiento de las adhesiones políticas hacia nuevos liderazgos estaría en la base de esa crisis de representación (aunque también sería el origen de la misma).

⁵ Otra de las críticas tiene que ver con la existencia (o no) de la alianza de clases que muchos consideraron la base del populismo (Viguera, 1993, p.61). No está claro hasta qué punto se daba esa alianza ni tampoco hay suficiente evidencia empírica que pueda sostener su existencia.

Los líderes populistas serían una respuesta funcional a determinadas demandas sociales no satisfechas. Los electores aceptarán apoyar opciones políticas nuevas o elegirán aquellas que perciban como más adecuadas para castigar a quienes les han defraudado en el cumplimiento de sus demandas (la élite tradicional partidista). Los liderazgos populistas surgirán en el sistema de partidos con un discurso antipolítico, de refundación, buscando cambiar las condiciones de convivencia de las élites así tomo también las prácticas que se desarrollaban en el sistema. La crisis de representación y la debilidad institucional son los contextos más favorables para la emergencia de esos líderes (Roberts, 1999).

¿Qué es el populismo? Enfoques sobre su naturaleza

Elaborar la definición de un concepto es una de las tareas más complejas pero también más importantes de las Ciencias Sociales. Consiste en establecer la manera en que un término describe lo abstracto, satisfaciendo dos objetivos: por una parte, ser lo suficientemente amplia como para abarcar realidades diversas y, por otra, ser capaz de dotarse de un claro referente empírico y de describir lo concreto. El modo en que se lleve a cabo este proceso así como los criterios y estrategias empleadas condicionará la definición resultante y el contenido que ese concepto denotará.

La dificultad para elaborar una definición clara de populismo ha llevado a señalar que no cuenta con status científico, al punto de proponer renunciar a su definición, abandonar el uso del término (Roxborough, 1984), negarse a elaborar una teoría explicativa general (Canovan, 1999) o seguir tratándolo de manera intuitiva (Mouzelis, 1985 o Canovan, 1999). Frente a esa tesis negativa, la mayoría de los autores abordan el fenómeno desde perspectivas más optimistas, destacando “lo que hay de lo que no hay”, proponiendo una visión más afirmativa de su significado (Mackinnon y Petrone, 1999, p. 43) e incluso empleando diferentes estrategias de definición para resolver la confusión conceptual (Weyland, 2004, p. 26-32; Moscoso Perea, 1990).

Estrategias para definir al populismo: acumulativas, aditivas-radiales y redefiniciones

Diferentes estrategias de conceptualización se han utilizado para definir al populismo: la de acumulación, la de adición o la de redefinición (Weyland, 2004). La primera estrategia

empleada para definir al populismo ha sido la **acumulativa**, caracterizándose por la construcción de una definición en la que se da la presencia simultánea de atributos de diversos ámbitos (discursivos, políticos, económicos y sociales), convirtiéndole en un concepto múltiple que incluye diversas esferas y tiene atributos de diferentes dominios. El fenómeno populista se daría cuando *todas* las características están presentes y la ausencia de alguna de ellas denotaría que se está ante un objeto de estudio distinto.

La mayoría de los autores que analizaron el populismo histórico han empleado este tipo de estrategia desde la década de 1960 a la de 1980 (Weyland, 2004, p. 17-18). Este tipo de conceptualizaciones, como la de Germani o Di Tella con la teoría de la modernización y O'Donnell, Cardoso y Faletto con la de la dependencia, asumían que los procesos socioeconómicos moldeaban y dirigían la política. Encontraban una cierta conexión entre factores políticos y socioeconómicos, dando por sentado la “autonomía limitada” de la política frente a las estructuras y los procesos socioeconómicos. La creciente divergencia entre estrategias populistas y las características socioeconómicas del populismo clásico llamaron a cuestionar las definiciones acumulativas. A partir de la década de 1970, se buscó dotarle más autonomía a la política. Como sostiene Weyland (2004: 21), perdió vigencia el énfasis puesto en los determinantes de la “estructura socioeconómica” y se centraron en la importancia de la “superestructura política y cultural”.

El resurgimiento del viejo populismo en la década de 1980 liberó al concepto de ese corsé acumulativo (Freidenberg, 2007). Esto llevó a emplear otra estrategia, la de la **adición**, que conecta los diversos atributos, haciendo que estén relacionados entre sí pero no siendo ninguno de ellos excluyente para que se dé un fenómeno dado. Sólo los casos que cumplen con todos los atributos son considerados instancias completas. Esto creó *conceptos radiales*, que también suponen definiciones múltiples que facilitan el acuerdo conceptual pero que a la vez tiene conflictos de límites porque engloban atributos de diferentes dominios. La presencia de esos atributos caracteriza al populismo en su máxima expresión, mientras que la ausencia de algunos de ellos establece subtipos disminuidos, que también integran la familia de los populismos⁶.

⁶ En esta línea, Roberts (1999:88) propuso un concepto radial de populismo en base a cinco rasgos prototípicos: a) un estilo de liderazgo personalista y paternalista; b) una coalición política heterogénea y

El problema de este tipo de definiciones múltiples está en que no resuelve definitivamente la confusión y, como señala Vilas (2003), abusa de la elasticidad conceptual. La descripción de los rasgos relevantes es socavada por la misma proliferación de excepciones que surgen una vez que se emplea este sistema de definición (Laclau, 2005, p. 15). Por ello, Weyland (2004, p. 29) propone abandonar los intentos acumulativos y radiales y centrarse en una tercera estrategia: **la redefinición del concepto ubicándolo en un solo dominio primario**, dentro de las diferentes esferas, y descartar atributos que no lo son tanto (las cualidades accidentales). En este sentido, el populismo puede ser entendido como un movimiento social (Germani, 1968), un discurso ideológico (Laclau, 2005, Panizza, 2008, De Ipola, 1991), una manifestación de cultura política (Worsley, 1970), una forma de intervención social del Estado (Touraine, 1999), una estrategia política (Weyland, 2004) o un estilo de liderazgo (Knight, 1998, Freidenberg, 2007). A continuación, se desarrollan brevemente cada una de ellas.

El populismo como un movimiento social

Para la perspectiva histórico-sociológica (Germani, 1968; 1971), el populismo es una forma de movilización socio-política, un movimiento social de corte multclasista, a través del cual participan masas atrasadas que son manipuladas por líderes demagógicos y carismáticos, que a su vez forman parte de regímenes que surgen en las fases históricas de transición y cambio de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, implicando el paso de un sistema político con participación restringida a un sistema político con participación amplia.

El populismo es entonces “un movimiento político con fuerte apoyo popular, con la participación de sectores de clases no obreras con importante influencia en el partido y sustentador de una ideología *anti statu quo*” (Di Tella, 1965). Sus fuentes de fuerza o “nexos de organización” son: a) una élite ubicada en los niveles medios o altos de la estratificación y provista de motivaciones *anti-status quo*; b) una masa movilizada formada como resultado de la “revolución de aspiraciones” y c) una ideología o un estado

policlasista que le sostiene; c) un proceso de movilización política, que pasa por alto las formas institucionalizadas de mediación; d) una ideología ecléctica y e) un proyecto económico que utiliza métodos redistributivos o clientelistas, con el fin de crear una base material para el apoyo de las capas populares.

emocional que favorezca la comunicación entre líderes y seguidores y cree un entusiasmo colectivo.

El populismo como un discurso ideológico

Ernesto Laclau (1986) y Emilio de Ipola (1991) lo definen como un determinado tipo de *discurso político*. No debe entenderse primordialmente como un movimiento político sino como un componente de ciertas ideologías, lo que supone estudiarlo en el ámbito semántico, a partir del análisis de discurso y no en el plano objetivo. Lo define como un orden ideológico que puede estar presente en el interior de movimientos, organizaciones y regímenes de muy distinta base social y en orientaciones políticas muy divergentes.

Este discurso se caracteriza por la descalificación constante de “los otros” y por la interpelación de los individuos como miembros de un colectivo, que son víctimas directas de los intereses de esos “otros”. Lo que convierte a un discurso ideológico en populista es su *apelación al pueblo como referente básico*. La promoción política de la figura ideológica de pueblo se hace por encima de la división de clases y como parte de una bipolaridad “pueblo frente a bloque de poder”. Este discurso ecléctico exalta los valores de los sectores subalternos e interpela a las masas como una manera de legitimar lo que se dice, bajo la idea de la configuración del “pueblo” como actor protagonista del cambio social, que atenta contra cierto *statu-quo* dominante.

Panizza (2008, p. 83) también lo define como un discurso, un “modo de identificación política que se encuentra disponible para cualquier actor político que opera en un campo discursivo en el que la noción de soberanía popular y su inevitable corolario, el conflicto entre dominados y dominantes (lógica dicotomizante), son parte central del imaginario político”. Lo que subyace al discurso es la lógica de la dicotomía del espacio social entre el pueblo (los de abajo) y el orden existente, más que una ideología en sí misma. Todos los políticos pueden emplear en algún momento el discurso populista, la cuestión está en si esa lógica populista de dicotomización del espacio social entre pueblo y orden social es lo que domina el discurso frente a otras lógicas discursivas.

Ahora bien, esa **lógica dicotómica es una condición necesaria pero no suficiente para que se de un discurso populista. En términos de Laclau, la figura del líder es la que resume la unidad imaginaria del pueblo que se homogeneiza en él aún cuando en la realidad es heterogéneo.** En ese sentido, una cuestión interesante a tener en cuenta es la bipolaridad del discurso populista. Para Aboy Carlés (2005), es tanto un “discurso de ruptura del orden político como un discurso de re-institución del orden mediante la constitución de un nuevo orden político”.

Las *críticas* se circunscriben a las restricciones que imprime considerar al populismo como una ideología. Si bien en un primer momento esta consideración es lo que hace que el concepto sea bastante amplio, al mismo tiempo, es reduccionista (Viguera, 1993, p. 65; Vilas 2003, p.18), unidimensional, pierde su alcance infinito y carece de especificidad histórica. Se le critica la ausencia del concepto de movilización en su planteamiento, el empleo “acrítico” de la noción de “interpelación” (De Ipola, 1991) y el centrarse sólo en la producción del discurso y no en la recepción del mismo. Como sostiene De la Torre (2004), atender únicamente la producción del discurso no da pistas sobre el modo en que se generan las identidades políticas.

El populismo como una forma de intervención social del Estado

Alain Touraine (1999) y Carlos Vilas (1988) definieron al populismo como un determinado tipo de política que muestra el modo en que el Estado interviene en términos sociales. Esta forma de hacer políticas se da en los países dependientes, se caracteriza por su apelación al pueblo y la centralidad del Estado como agente de transformación. Incluso Touraine (1999) ha denominado a esos regímenes nacional populares como la imbricación de un sistema de representación de intereses y de toma de decisiones, en el que se funden los límites entre lo público y lo privado y donde se integran tres temas: independencia nacional, modernización política e iniciativa popular.

Esta forma de intervención social repercutió de manera distante en la política representativa y no tenía capacidad para la integración de actores sociales. La *crítica* a este enfoque estaría en su reduccionismo, al limitar el populismo a la manera en que actúa el

Estado, olvidando el peso de los actores en tanto configuradores de la relación de liderazgo, las implicaciones discursivas e ideológicas del término.

El populismo como una manifestación de cultura política

El populismo es la manera en que se relacionan líderes y seguidores, propia de contextos en los que la inclusión política no se ha hecho a través de instituciones y del reconocimiento de derechos ciudadanos sino por medio de la movilización plebiscitaria. Worsley (1970) sostiene que el síndrome populista es mucho más que una manifestación particular en la forma o contexto de una determinada política sino que es un énfasis, una dimensión de la cultura política en general, y no simplemente un tipo particular del sistema ideológico. Esta perspectiva entiende al populismo como una relación social (De la Torre, 1998), analiza los elementos culturales desde los cuales se produce el vínculo entre líder y seguidor, el modo en que se comporta el líder y las percepciones de los seguidores en conexión a ese líder; la manera en que el clientelismo contribuye en el desarrollo de ese liderazgo y la cultura de los seguidores a través de ritos, símbolos, mitos y discursos.

El populismo genera identidades y no puede ser ignorado en tanto productor de sentidos del imaginario sociocultural. No puede, por tanto, reducirse el papel de los seguidores a la categoría de masas irracionales, manipuladas y anómicas. La tarea consiste en analizar el contenido de ese proceso identitario y el modo en que el mismo se sedimenta. La *crítica* principal está en el reduccionismo político o económico. Es decir, que restringe las posibilidades de explicación al analizar al populismo sólo desde una de sus dimensiones, olvidando el peso que tienen las demás características dentro de la definición.

El populismo como una estrategia política

Desde esta perspectiva no importa tanto cuáles son las medidas macroeconómicas que impulsan los gobiernos sino los métodos e instrumentos que un líder emplea para ganar y ejercer el poder. Weyland (2004, p.31) define el populismo como una “estrategia política a través de la cual un líder personalista busca o ejerce el poder mediante el apoyo directo, sin intermediación y no institucionalizado de un gran número de seguidores que son

principalmente desorganizados”. En estos términos, redefine al populismo bajo su dominio político, dejando en segundo lugar cualquier atributo sociológico, económico o cultural.

El populismo se da cuando un líder individual, personalista, emplea el apoyo de una “gran masa poblacional como la base de su sustento político” (Weyland, 2004, p. 32). Así, utilizan diferentes recursos para generar y mantener el vínculo con los seguidores. Referéndums, plebiscitos, elecciones, demostraciones en mítines y caravanas, sondeos de opinión y cualquier otro mecanismo, sin mediaciones institucionales. El carisma es otro recurso importante, aunque no un requisito determinante del populismo (Weyland, 2004, p. 34), manifestado en una profunda convicción respecto al carácter sobrenatural de ese liderazgo que gobierna en nombre del pueblo, con quien se identifica por sus características de “hombre común”. El contexto para su emergencia es un escenario de desinstitucionalización de la autoridad, desorganización social y crisis de representación política. El populismo surgiría sin mediación de organizaciones o instituciones, bajo la relación directa y paternalista entre líderes personalistas y una masa homogénea de seguidores⁷.

Las *críticas* apuntan al exceso de reduccionismo, desconociendo la interacción de las otras dimensiones y generando cierta continuidad entre fenómenos diversos que se parecen pero que no tienen mucho en común: ni su visión del Estado y la política, ni sus relaciones con otros países, el mercado y los grupos de poder. La afirmación de que no cuentan con mediaciones institucionalizadas, lleva a desconocer los liderazgos que sí tuvieron interés en combinar el ejercicio del poder con formas institucionales como Haya de la Torre con el APRA o el propio Cárdenas con el PRI mexicano. Su insistente interés en centrarse en el modo en que el líder ejerce el poder, les hace olvidar la importancia de las expectativas, demandas y cultura de los seguidores (Knight, 1998).

El populismo como un estilo de liderazgo: una propuesta de definición

⁷ Entonces, podría haber populismos nacionalistas como neoliberales, ya que estos no se “casan” con ninguna ideología, programa de propuestas o contenidos de las políticas públicas sino que se caracterizan por ser pragmáticos, oportunistas y personalistas. Tampoco están sujetos a una determinada época de la historia sino que pueden surgir en cualquier momento y lugar.

Se entiende por estilo de liderazgo populista al caracterizado por la relación directa, carismática, personalista y paternalista entre líder-seguidor, que no reconoce mediaciones organizativas o institucionales, que habla en nombre del pueblo, potencia la oposición de éste a “los otros” y busca cambiar y refundar el *statu quo* dominante; donde los seguidores están convencidos de las cualidades extraordinarias del líder y creen que gracias a ellas, a los métodos redistributivos y/o al intercambio clientelar que tienen con el líder (tanto material como simbólico), conseguirán mejorar su situación personal o la de su entorno (Freidenberg, 2007).

El genus de esta definición está en el modo directo y personalista en el que el líder se relaciona con sus seguidores, la tendencia a carecer de mecanismos de intermediación (o de minimizar su existencia cuando está estructurado), la interpelación discursiva del individuo como parte de un colectivo (perdiendo su condición de ciudadano) y en oposición al enemigo de turno del líder, junto al uso de estrategias de movilización de tipo clientelar que le permiten mantener e incluso incrementar la base de apoyo del proyecto político que se defiende. Por una parte existe un líder carismático que pretende mover los hilos de la movilización, de arriba hacia abajo, de manera hiperpersonalizada y, por otra parte, personas que le reconocen como tal y ven en él una serie de cualidades extraordinarias que pueden dar respuesta a sus demandas.

Su estilo es decisionista (“pone la agenda y la lleva adelante”), no respeta las normas, es pragmático, maniqueo e ideológicamente ecléctico. Realiza una definición del pueblo de manera negativa (“en contra de”), ya que dice representar al pueblo pero lo hace en términos de exclusión, toda vez que el pueblo son “todos los que están cerca de él” mientras que rechaza a quienes no lo están y por tanto los convierte en un “no pueblo”. Los populistas suelen referirse a sus seguidores como “pueblo”, aunque luego los académicos le pongan diversos nombres a ese pueblo (masas amorfas, ciudadanos, “cabecitas negras”, entre otros). Pueblo es todo aquél que se parece al líder (o a la inversa), con lo cual la unidad del pueblo se resume en su figura, que lo homogeneiza y hace que todos los individuos se conviertan en uno solo.

La conexión directa entre líder-seguidor significa la ausencia de mediación *significante* en la relación y la constante apelación del líder a los seguidores para que se vinculen con su persona, por encima de cualquier proyecto, política, institución u organización. Esto no excluye que el propio líder impulse la creación de formas organizativas y crucen la relación líder-seguidores así como tampoco excluye la presencia de un círculo áulico contrario al dominante, que busca acceder a los cargos de representación y que apela a los otros grupos sociales para alcanzar sus objetivos. Además, esa relación directa no invalida la presencia de redes clientelares que, si bien no están por encima del vínculo líder-seguidor, le complementan y acompañan en la interacción con sus seguidores. Estos forman parte de redes que les ayudan a conseguir recursos e información. Pertenecer a esas redes da identidad política y sentido de comunidad⁸.

El líder se identifica con un todo que se encuentra en una posición de superioridad frente a cada uno de los individuos que le siguen y por encima de las diferencias sociales, de clase, económicas o políticas, lo que hace que su figura simbolice la posibilidad de hacer cumplir los deseos populares o simplemente como un “antidepresivo social” (Dorna, 2006). Este mezcla un diagnóstico bastante ajustado de la realidad con una esperanza emotiva para los seguidores. Confiar en él supone la identificación con un proyecto que encarna la solución a problemas individuales pero también la sensación de formar parte de un grupo que busca el acceso al gobierno o a los recursos que se pueden redistribuir y mejorar las condiciones de vida materiales de la población que le eligió.

Ahora bien, un líder no es líder sino tiene seguidores. Construye su liderazgo con el apoyo de un buen número de ciudadanos y ciudadanas que eligen tener un vínculo directo, emotivo, delegativo; que lo observan como alguien “excepcional”, como el único que resuelve todos los problemas. Lo que los individuos piensen y sientan importa. Sus valores, expectativas, imaginarios y discursos son tan relevantes como la creencia en la superioridad de ese líder debido a sus cualidades extraordinarias⁹. La manera en que

⁸ Los sectores populares desarrollan estrategias de supervivencia para negociar con el Estado o con los partidos (Bachiller 2006, Auyero 1998) y han dado muestras de organización colectiva.

⁹ La literatura tiene diversos puntos de vista respecto a quiénes son los seguidores de un líder populista y cuáles son las motivaciones que los liga a sus líderes. Para los teóricos de la modernización, los seguidores eran “masas marginadas disponibles”, irracionales y tradicionales, que al no tener una estructura normativa que les permita funcionar autónomamente en una sociedad moderna, están limitadas a la seducción

perciban al líder y la relación que mantienen con él, en tanto que supone la maximización de sus beneficios individuales y/o colectivos (ya sean objetivos o subjetivos), resulta clave para comprender las razones que le motivan a apoyarle.

Si bien existen limitaciones a la perspectiva de la elección racional, ya que los individuos no siempre conocen todas las opciones al momento de decidir, pueden tener información confusa o errónea e incluso pueden preferir opciones que le son más perjudiciales que beneficiosas para sus intereses a corto o largo plazo, también es cierto que la manera en que los individuos perciban al líder, las evaluaciones que realicen y el modo en que procesen lo que él significa para cambiar la situación en la que viven, es muy importante para entender al populismo. Los seguidores no son masas desorganizadas ni anómicas. Incluso suelen estar organizadas. Estudios recientes han mostrado que los sectores populares tienen capacidad de organización, desarrollan estrategias para relacionarse con los políticos y sus decisiones pueden deberse más a evaluaciones de costo-beneficio que a pautas emotivas (o por una combinación de ambas).

El vínculo entre líder y seguidor se basa en una fuerte identificación emotiva, pero al mismo tiempo, puede ser resultado de las evaluaciones que estos realizan y le hacen elegirle como mejor opción de representación política y de sus intereses específicos. Lo interesante es que entre ellos debe existir un vínculo simbólico, que incluso llega a ser más importante que los beneficios materiales que se intercambian en el marco de dicha relación. Estos ciudadanos desconfían de la capacidad de las instituciones tradicionales para resolver sus problemas y evalúan a la política a partir de los resultados a corto plazo, las deficiencias del Estado y de la representación formal. Pero si confían en que este líder sea el que resuelve todas sus necesidades y demandas.

demagógica del líder carismático (Germani 1968; Di Tella 1965). Para los que analizaban el populismo desde las clases sociales, el pueblo era una reunión de grupos o estratos de clases, sectores populares proletarios, clases medias y burguesías industriales emergentes en contra de los sistemas oligárquicos (Ianni 1975). Incluso desde la perspectiva neoinstitucionalista, son masas desorganizadas, que estaban disponibles para la movilización (Weyland 2004) y que se encuentran atomizadas (Roberts 1999:113).

Conclusiones tentativas en torno a la relación populismo y democracia

La relación entre populismo y democracia no es ingenua ni homogénea. Unos señalan que atenta contra la democracia mientras otros defienden que es parte de ella. Entre los primeros, enmarcados en una visión normativa, se entiende a la democracia más como lo que debe ser que por lo que es. El populismo es analizado como un peligro para la democracia, como una aberración. Esto es parte de la visión liberal, tradicional y elitista, que asocia a las fuerzas populistas como enemigas de la democracia. Se presentan como fenómenos antagónicos. A diferencia de ellos, hay quienes postulan que se sustenta en la noción de la soberanía popular (Panizza, 2008, p. 82), que ha dado voz a los excluidos prometiéndoles su inclusión al sistema y lo consideran como parte constitutiva de la democracia (Worsley, 1970). Es una forma popular de incorporación política, que hace que las necesidades de la gente común sean atendidas. El populismo significa la incorporación de identidades de nuevos sujetos sociales al sistema político, aún cuando estos ciudadanos estaban presentes en cuerpo pero ausentes en la materialización real de esos derechos (Freidenberg, 2007).

Más allá de esta tensión lo que no puede olvidarse es que los liderazgos populistas dejan tierra arrasada una vez que abandonan el poder (Freidenberg, 2007). En ese sentido, resulta necesario ver el modo en que han dado voz a los que no la tenían o la manera en que han profundizado la democracia mientras atacaban con sus discursos a los actores y a las instituciones de esa democracia. Sólo un análisis empírico en clave democrática, puede contribuir a entender cómo gobiernan los populistas y las razones que llevan a los ciudadanos a elegir este tipo de liderazgo en las elecciones. Junto a un líder populista, hay ciudadanos populistas. Por ello, es fundamental entender las razones que llevan a esos ciudadanos a preferir este tipo de movilización y a consentir la polarización, la búsqueda de conflicto en términos discursivos y el ataque a las instituciones y los procesos democráticos.

Finalmente, el populismo como concepto continúa teniendo serios problemas: es vago, ambiguo, elástico, tiene dificultades para viajar, adolece de capacidad empírica y tiene bastantes enemigos o, por lo menos, a muchos no les cae bien, lo que hace que se le observe con prejuicio y rencor. Además, no existe una única estrategia para definirlo: hay acumulativas, aditivas o radiales y unidimensionales, lo que confunde aún más. Lo más difícil es conseguir un concepto sea preciso y

marque cuál es la categoría común que les une (dominio primario) y el vínculo que les relaciona. El populismo debería ser debatido como parte de una relación de intereses sociales que envuelven la situación en la que se da y en función de las fuerzas políticas que pugnan por esos intereses. No basta entonces analizar sólo la relación discursiva y práctica que se genera entre líder-seguidor, es necesario contextualizarla histórica y políticamente. La tarea consiste en encontrar las características necesarias sin las cuales el concepto no tiene aplicabilidad. De ahí la necesidad de elaborar definiciones operativas, renunciando a la pretensión de una teoría explicativa general.

Referencias Bibliográficas

- Aboy Carles, G. "Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación". *Estudios Sociales* 28 (primer semestre): 125-137, 2005.
- Álvarez Junco, J. "El populismo como problema". En Álvarez Junco, J. y González Leandri, R. Eds. *El populismo en España y América Latina*. Madrid: Catriel, 1994.
- Auyero, J. "Todo por amor, o lo que quedó de la herejía. 'Clientelismo populista en la Argentina de los noventa'. En Burbano de Lara, F. Eds. *El fantasma del populismo. Aproximación a un tema (siempre) actual*. Caracas: Nueva Sociedad, 1998. pp. 81-118. ISBN 980-317-134-8
- Bachiller, S. *Redes clientelares y reconfiguración del populismo en Argentina*. Serie Textos de Ciencias Sociales. Madrid: Entinema, 2006. 118 p. ISBN 848-198-628-3
- Canovan, M. "Trust the People! Populism and the two faces of Democracy". *Political Studies* 47 (1): 2-16, 1999. ISSN 1467-9248
- Cardoso, F. H. y Faletto, E. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI, 1976. 166 p.
- Conniff, M. L. "Neopopulismo en América Latina. La década de los '90 y después". *Revista de Ciencia Política* vol. XXIII (1): 31-38, 2003. ISSN 0718-090X
- De Ipola, E. *Peronismo y populismo. Una nueva propuesta de interpretación*. WP núm. 35. Barcelona, 1991.
- De la Torre, C. "Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo". En Autores Varios. *Releer los populismos*. Quito: Centro Andino de Acción Popular, 2004. ISBN 9978-51-019-2
- Di Tella, T. "Populismo y reforma en América Latina". *Desarrollo Económico* vol. 4 (16) (abril-junio): 361-425, 1965. ISSN 0046-001x

Dorna, A. "Carisma y populismo". En Dorna, A. *Psicología Política*. Caracas: PSICOM Editores, 2006.

Freidenberg, F. *La Tentación Populista: una vía al poder en América Latina*. Madrid: Síntesis, 2007. 279 p.
ISBN: 978-84-9756-482-3.

Germani, G. *Política y Sociedad en una Época en Transición*. Buenos Aires: Paidós, 1968 (1977). 371p.

Knight, A. "Populism and Neo-populism in Latin America, especially Mexico". *Journal of Latin American Studies* vol. 30 (2): 223-48, 1998.
ISSN 0022-216X

Laclau, E. *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica, 2005. 312 p.
ISBN 950-557-635-8.

Laclau, E. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. México: Siglo XXI, 1986.
ISBN 8432303151

Mackinnon, M. y Petrone, M. Comps. *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba, 1999. 435 p.
ISBN 950-23-0712-7

Moscoso Perea, C. *El populismo en América Latina*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1990. 297 p.
ISBN 84-259-0861-2

Mouzelis, N. "Populismo y clientelismo como modos de incorporación de las masas en sistemas políticos semiperiféricos". En Vilas, C. M. Comp. *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1985.pp. 458-475.
ISBN 968-29-6027-4

O'Donnell, G. "¿Democracia delegativa?". En *Contrapuntos: ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós, 1997. 416 p.
ISBN 950128901X

O'Donnell, G. *Modernización y Autoritarismo*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1972.

Panizza, F. "Fisuras entre populismo y democracia en América Latina". *Stockholm Review of Latin American Studies* 3 (diciembre): 81-92. 2008.
ISSN 1654-0204

Paramio, L. "Giro a la izquierda y regreso al populismo". *Nueva Sociedad* 205 (septiembre-octubre): 63-74, 2006.
ISSN 0251-3552

Roberts, K. "El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano". En Mackinnon, M. y Petrone, M. Comps. *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba, 1999, 435 p.

ISBN 950-23-0712-7

Roxborough, I. "Unity and diversity in Latin American History". *Journal of Latin American Studies* vol. 16 (1) (mayo): 1-26, 1984.
ISSN 0022-216X

Touraine, A. "Las políticas nacional-populares". En Mackinnon, M. y Petrone, M. Comps. *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba, 1999. pp.329-359.
ISBN 950-23-0712-7

Viguera, A. "Populismo y neopopulismo en América Latina". *Revista Mexicana de Sociología* año LV/3 (julio-septiembre): 49-65, 1993.
ISSN 0188-2503

Vilas, C. "¿Populismos reciclados a neopopulismos a secas? El mito del neopopulismo latinoamericano". *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales* vol. 9 (3) (mayo-agosto): 13-36, 2003.
ISSN 1315-641

Weyland, K., Madrid, R. y Hunter, W. Eds. *Leftist Governments in Latin America. Successes and Shortcomings*. Cambridge University Press. 2010. 232 p.
ISBN 0511771622

Weyland, K. "Clarificando un concepto: El populismo en los estudios sobre América Latina". En Autores Varios. *Releer los populismos*. Quito: Corporación Andina de Acción Popular, 2004, pp 9-50.
ISBN 9978-51-019-2

Worsley, P. "El populismo como concepto". En Ionescu, G. y Gellner, E. Eds. *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu, 1970.